



En conmemoración del XLV Aniversario de la muerte de nuestro máximo Poeta, damos a nuestros lectores un anticipo del estudio político: "Presencia de Hispano América en Rubén Darío" de nuestro colaborador el Doctor Edgardo Buitrago.

LA DIRECCION

Presencia de Hispano-América en

Rubén Darío

EL PROBLEMA DE HISPANO AMERICA

La primera impresión que Darío recibe de Hispano América es, sencillamente, la de un PROBLEMA. El panorama que observa el poeta es de lo más angustioso y desconsolador. Empecemos a escucharle:

*"Brumas septentrionales nos llenan de tristeza;
se mueren nuestras rosas; se agotan nuestras palmas
casi no hay ilusiones para nuestras cabezas
y somos los mendigos de nuestras pobres almas" (1)*

Esta confesión a los cisnes se vuelve todavía más angustiosa y desesperada en las "Letanías a Nuestro Señor Don Quijote". Hay en la urgencia del ruego la palpitación honda de un problema trágico:

*"Ruega generoso, piadoso, orgulloso;
ruega casto, puro, celeste, animoso;
por nos intercede, suplica por nos,
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios".*

La cifra del problema se descubre para Darío en un claro y lamentable NO SER de Hispano América. Mas que por la amenaza de lo externo, Rubén se preocupa por un grave peligro interno, producido EN y

POR nosotros mismos. Es ese doloroso estar ya casi "sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote, —sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios", que es un completo NO ESTAR.

Como bien puede apreciarse, hay en esta Hispano América llegada así, tan dolorosamente, hasta lo más hondo de Darío, una PRESENCIA mucho más intensa que su propia realidad geográfica. Para Darío, el problema de Hispano América sobrepasa en mucho, —como ya hemos dicho antes—, a una simple cuestión de soberanías o a un mero peligro de disminución de fronteras territoriales. Es, nada menos, —y como bien hemos dicho— el problema sustancial del propio SER de Hispano América.

En esta valoración profunda del problema hispanoamericano, Darío hace CONSUSTANCIALES a Hispano América y a España. Y de tal modo llega a palpar en él esta consustancialidad, que sin lugar a duda alguna, nuestro problema no sólo llega a identificarse con el propio problema de España, sino que ES, esencialmente, este mismo problema.

En la vibración del problema hispanoamericano no existe en Darío ni por un momento una distinción entre Hispano América y España. Todo lo contrario. Para él, Hispano América y España forman un solo ser, son una unidad. Esto cuenta como realidad, histórica y cultural, totalmente indiscutible. Es una creencia. Algo que está adentro, y permanentemente, en el poeta.

Es así, cómo, al vibrar en su interrogación a los cisnes una preocupación de destino, tal preocupación planta, en un destino común, a Hispano América y a España:

"La América Española, como la España entera,
fija está en el oriente de su fatal destino;
yo interrogo a la Esfinge que el porvenir espera
con la interrogación de tu cuello divino . . ." (2)

El problema del Ser de Hispano América viene a ser, pues, en Darío, el problema del propio Ser Español. Y del mismo modo el problema del no ser de Hispano América es, precisamente, el problema del no ser de España.

Lo importante en esta valoración de UNIDAD con que Hispano América y España se presencian en Darío, es que en ambos pueblos sucede, realmente, el problema del no ser. España misma está de espaldas a lo español. Y esto es lo que vuelve más trágico el problema de Hispano América. Por eso el ruego de Nuestro Señor Don Quijote se dirige, principalmente, por la recuperación de la fe en nosotros mismos, en "EL SER DE LA MANCHA, EL SER GENEROSO Y EL SER ESPAÑOL":

"Ruega por nosotros, hambrientos de vida,
con el alma a tientas, con la fe perdida,
llenos de congojas y faltos de sol,
por advenedizas almas de manga ancha,
que ridiculizan el ser de la Mancha,
el ser generoso y el ser español".

Se asoma con toda claridad por estos versos aquella actitud de Hispano América y de España del siglo XIX actitud de AUTO-NEGACION o, más propiamente, de AUTO-DENIGRACION, como la define el notable historiador mejicano Carlos Pereyra. (3)

No hará falta, desde luego, que nos refiramos en todos sus detalles a este momento de nuestra historia, tan exactamente reflejado por Darío. Todos recordamos cómo se negaba y se denigraba, por hispanoamericanos y españoles, los valores esenciales de nuestro ser. Casi puede decirse que esta NEGACION DE LO HISPANICO era una obligación patriótica para nuestras generaciones pasadas. El ejemplo típico de esta actitud nos lo ofrece el propio Sarmiento, quien, con toda buena fe negaba a LO ESPAÑOL todo valor positivo de progreso y de elevación. Se operaba, pues, un lamentable fenómeno de DESCASTAMIENTO

Lo peor de este descastamiento era, más que todo, el que se produjera en el momento preciso en que nos disponíamos a jugar una vida independiente . . . ¿Qué valor afirmativo podía esperarse de un pueblo que no creía en sí mismo? . . . Desde luego, que ninguno. Lo natural, lo lógico tenía que ser lo que en realidad sucedía: la presencia de un pueblo titubeante, indeciso, dispuesto a entregarse en cada momento a lo extranjero. Un pueblo, "con el alma a tientas, con la fe perdida, lleno de congojas y faltos de sol". . .

De este modo, la negación de lo hispánico llevó a Hispano América a la entrega a LO FRANCES y a LO NORTEAMERICANO.

Para nuestros abuelos, la creación de una patria significaba la imitación servil del racionalismo francés y del tecnicismo norteamericano. Pero como las patrias no pueden improvisarse ni crearse artificialmente, porque la Patria NACE y ES antes que nosotros, el afán de imitación era, más que una falsificación, una DESNATURALIZACION del ser mismo de la Patria. Un estar "casi sin vida".

La desvinculación de lo hispánico nos llevaba así a la falta de originalidad, y, por consiguiente, a la falta de afirmación de nosotros mismos. Esta FALTA DE ORIGINALIDAD, esta carencia de valor afirmativo la sentían nuestros abuelos, pero eran incapaces de comprender su causa. Sentían la inseguridad en que les dejaba la falta de tradición, pero eran incapaces de volver por esa tradición

Para satisfacerse, nuestros llamados "Padres de la Patria" pretendieron formar una originalidad en ellos mismos. Y el fundamento de esta pretendida originalidad fue el de la libertad, el de la independencia. Pero, tal originalidad no pasó de un lirismo hueco e intrascendente, porque la originalidad no puede darse

sino en lo que SE ES. Y el sentido de la libertad, el sentido de la independencia, el sentido, en suma, de la Patria que pretendían nuestros abuelos era, sencillamente, un sentido EXTRANJERO, totalmente diferente de nosotros mismos, y que, por lo tanto, hacía completamente irreales esa libertad y esa independencia tan afanosamente buscadas.

¿Qué vigor de originalidad podía haber en una Patria Hispano Americana que pretendía renunciar a lo hispánico y a lo indígena? (Porque no nos olvidemos que nuestros abuelos tampoco creían en el valor afirmativo del indio. A lo sumo, creían en un indigenismo romántico, irreal y absurdo, completamente fuera de la realidad del mestizaje, y por consiguiente, extranjero también a nosotros, a lo hispano-americano). Ni siquiera llegaban a valorar en su verdadero sentido a los propios héroes de la Independencia. No alcanzaban a comprender que ellos nunca estuvieron en contra de lo hispánico, sino al contrario, en contra de una ESPAÑA AFRANCESADA que, precisamente, estaba en contra de lo hispánico. (4) Los héroes trataron de salvar lo hispánico, lo auténticamente español, al levantarse en armas. Por eso, el pretendido originalismo de nuestros abuelos no podía pasar de un simple lirismo hueco, lleno quizás de toda la mejor buena voluntad pero falto totalmente de realismo. Porque no estaba en lo auténtico

Lo más grave de este "originalismo" era su pleno sentido negativo. Porque, ni siquiera se afirmaba un nuevo valor de vida, —como hemos visto—, sino que, sencillamente, se IMITABA, y el proceso de esta imitación era el de una negación de lo nuestro, de lo hispánico y de lo indígena. Un renegar y un recriminar constantemente de nuestro pasado, de nuestra sangre, de nuestra religión y de nuestro propio espíritu.

Este originalismo, falto totalmente de originalidad, era lo sustancial para Darío del problema hispano-americano. Desde el fondo del puro arte poético analiza con toda seriedad el problema. Así, comentando su propia obra, nos dice en su "Historia de mis libros", cómo "no se tenía en toda la América española como fin y objeto poéticos más que la celebración de las glorias criollas, los hechos de la Independencia y la naturaleza americana; un eterno canto a Junín, una inacabable oda a la agricultura de la zona tórrida, y décimas patrióticas". Frente a esto confiesa que: "no negaba que hubiese un gran tesoro de poesía en nuestra época prehistórica, en la conquista y aún en la colonia, MAS CON NUESTRO ESTADO SOCIAL Y POLITICO POSTERIOR LLEGO LA CHATURA INTELECTUAL A PERIODOS HISTORICOS MAS A PROPOSITO PARA EL FOLLETIN SANGRIENTO QUE PARA EL NOBLE CANTO".

II

EL POETA DEL OPTIMISMO

La realidad negativa de Hispano América no provoca en Darío ninguna reacción de pesimismo, de simple lamentación o de mayor renunciamiento, sino, que, muy por el contrario, despierta en su espíritu la más decidida voluntad de afirmación.

Frente a la Hispano América desfalleciente, "con el alma a tientas, con la fe perdida", Rubén Darío se lanza a la recuperación de la verdadera Hispano América, a la del glorioso pasado, a la que sangra en el doloroso silencio de la negación. Su palabra toma toda la trascendencia de un mensaje, de una buena nueva que llevará, hasta lo más hondo de los vacíos escépticos y hasta lo más profundo de los pesimismos desesperados, el contenido vital de una fe y la animación vigorosa de un saludable optimismo. Contra los que ya no esperan nada, Darío lanzará su grito de esperanza, de una esperanza plena que no puede burlarse porque está afirmada en la verdad de un destino histórico. Su poesía se hace profecía:

"Y un cisne negro dijo: "La noche anuncia el día".
Y un blanco: "La aurora es inmortal", la aurora
es inmortal!" ¡Oh tierras de sol y de armonía,
aún guarda la esperanza la caja de Pandora! (5)

El grito está dirigido a hispanoamericanos y españoles. Ya vimos anteriormente cómo en Darío no existe, ni por un momento, la creencia en una sustancialidad Hispano-Americana diferente de la española, sino más bien la creencia firme e indudable en una sola unidad sustancial de Hispano América y España, de las "inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda". Es así cómo Darío confiere la fe y la esperanza en lo hispánico a la propia España. Con lo cual hace la primera y quizás más grande afirmación de Hispano América: La afirmación, nada menos, que de una RECONQUISTA de la propia nación conquistadora. La afirmación por la que se hace creer a España misma en lo español.

Su palabra se abre así, poderosamente sonora y para siempre, como una verdadera palabra de Vida y Esperanza, como toda una llamada de atención a quienes, por indolencia o desconfianza, consideraban todo perdido, y como el más entusiasta anuncio para todos de un advenimiento de gloria:

"Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!
porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos himnos
lenguas de gloria
pálidas indolencias, desconfianzas fatales que a tumba
o a perpetuo presidio condenásteis el noble entusiasmo,

ya veréis el salir del sol en un triunfo de liras,
 mientras dos continentes abonados de huesos gloriosos,
 del Hércules antiguo la gran sombra soberbia evocando
 digan al orbe: La alta virtud resucita,
 que a la Hispania progenie hizo dueña de siglos" (6)

Como puede apreciarse, este optimismo dariano toma toda su fuerza, todo su ímpetu de afirmación, DEL PASADO, de esos huesos gloriosos que abonan nuestros dos continente. Pero la forma con que Rubén mira al pasado no es de mero romanticismo. No vuelve sus ojos hacia atrás para llorar ruinas ni para lamentar tiempos que ya no volverán. Todo lo contrario. Rubén mira al pasado con la más absoluta seguridad de encontrar en él una fuerza capaz de producir un futuro de gloria para nuestros pueblos. Lo pasado, como acontecimiento histórico, viene a ser en Darío la confirmación en él mismo y la demostración más indudable y evidente para quienes dudan o no creen del todo en la capacidad afirmativa de lo hispánico, de la más plena existencia de esa capacidad. El pasado a que se vuelve Darío es un pasado sin muerte, por LA ALTA VIRTUD que le dió vida. Un pasado con posibilidad de RE-ACTUALIZACION CONSTANTE por su propia esencia realizadora. Esto, precisadamente, es lo que diferencia al historicismo dariano del historicismo romántico. Para el romanticismo literario, lo histórico es siempre un hecho MUERTO, algo que ya no podrá volver a producirse y que sólo puede lamentarse de no poder volver a ser, cuando ha significado grandeza y gloria para un pueblo. Es la dolorosa lamentación de Rodrigo Caro ante las ruinas de Itálica famosa (17). Darío, en cambio, mira al hecho histórico como HECHO VIVO, no en su forma de producirse, —incapaz, desde luego, de realizarse exactamente de nuevo por las propias circunstancias de tiempo que lo produjeron—, sino vivo en la esencia que lo ha realizado. Darío no toma al hecho histórico con valor absoluto en sí mismo, sino como la revelación en el tiempo de una esencia dinámica y creadora. Cuanta mayor grandeza y cuanto mayor gloria se reconozca en un hecho histórico, mayor capacidad de dinamismo y de creación existirá en un pueblo. Esto es lo que Rubén trata de hacer ver y de hacer comprender a españoles y a hispanoamericanos ante la evidencia de un espléndido pasado. De este modo, el sentido histórico del optimismo dariano se vuelve de un sentido eminentemente TRADICIONALISTA. Confía en un futuro porque siente la realidad de un pasado que le da impulso y seguridad, porque hay en lo anterior, en ese anterior que indolencias fatales han condenado a muerte o a presidio perpetuo una ALTA VIRTUD que a la hispania progenie hizo dueña de siglos. Es la valoración exacta de una verdadera originalidad. Sin este sentido de TRADICION, el optimismo dariano no concibe ninguna capacidad de afirmación original.

El sentido histórico, o más bien tradicional, del optimismo dariano está determinado por la propia naturaleza del problema que sufren nuestros pueblos. Tal problema, según hemos visto anteriormente, se evidencia en Darío como un claro y lamentable problema de NO SER, de un estar "casi sin vida" por culpa de la negación que se hace de nuestro propio ser, de nuestra propia tradición. Por eso el optimismo dariano toma como fin concreto el devolvernos la fe y la confianza en nosotros mismos, mediante la verdadera y exacta valoración de nuestro ser, de nuestra tradición. En contra del pesimismo enfermizo a que han llegado nuestros pueblos por el doloroso proceso de descastamiento, Darío opone su vigoroso optimismo, nutriéndole de la más pura realidad de nuestra Historia.

Este DESCUBRIMIENTO, que Darío nos hace de nuestra propia vida, se realiza en una doble afirmación, ante nosotros y ante "los hombres de ojos azules".

Ante nosotros mismos Darío nos hace sentir la más fuerte realidad de nuestra tradición en la "Salutación del optimista". Ante LOS OTROS, Darío aprovecha la oportunidad que le presentan un Presidente y un Rey.

Frente al Teodoro Roosevelt, que cree "que la vida es incendio y el progreso es erupción", Darío hace sentir la potencialidad de una América, "que ha tenido poetas desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl —que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco—, que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió, —que consultó los astros, que conoció la Atlántida— cuyo nombre nos llega resonando en Platón. " Frente a ese Roosevelt que trata de desconocer el vigor de Hispano América, Darío recuerda a "la América del noble Moctezuma, del Inca —la América fragante de Cristóbal Colón—, la América Católica, la América Española. . ." Las recuerda para hacer ver al propio Roosevelt, y a los hispanoamericanos mismos, cómo todas esas Américas, de tanto vigor y de tanta fuerza creadora, no son más que UNA. Una América "que tiembla de huracanes y vive de amor". Una América, que por sobre todo, "vive. Y sueña. Y ama. Y vibra, y es la hija del sol". Y allí su grito: "¡Tened cuidado! . . . ¡Vive la América Española!" (8)

Igual afirmación de vida para España salta luego ante el Rey Oscar de Suecia. Entonces su verso no lleva acentos de protesta, sino al contrario, de "gracias" El Rey Oscar ha llegado a tierra española, y al arribar ha gritado: "¡Viva España!" . Esto, que en cualquier otra oportunidad no habría tenido quizás mayor significación, tiene en ese momento para Darío una trascendental importancia. Ese grito puede ser un despertar para la propia España. Por eso se adelanta, no como simple poeta, sino como el hijo de una Raza que sufre el desprecio de sí misma para decirle:

"Sire de ojos azules, gracias: por los laureles
 de cien bravos vestidos de honor; por los claveles
 de la tierra andaluza y la Alhambra del moro;
 por la armadura antigua y el yelmo de la gesta;
 por las lanzas que fueron una vasta floresta
 de gloria y que pasaron Pirineos y Andes;

por Lepanto y Otumba, por el Perú, por Flandes,
por Isabel que cree, por Cristóbal que sueña
y Velásquez que pinta y Cortés que domeña,
por el país sagrado en que Herakles afianza
sus macizas columnas de fuerza y esperanza,
mientras Pan trae el ritmo con la egregia siringa
que no hay trueno que apague ni tempestad que extinga;
por el león simbólico y la Cruz, gracias, Sire". (9)

Pero hay, además, otra nota característica del optimismo dariano, tan fuerte y tan real como la de su tradicionalismo. Es la nota MESIANICA.

La conjugación de nuestro pasado y del presente de la Humanidad ofrecen a Darío la seguridad de un glorioso destino para nuestros pueblos, que ha de ser, a la vez, un destino redentor de todos los pueblos en general.

Con una capacidad genial, Darío se asoma a la crisis de nuestro tiempo, tocando con su fina sensibilidad poética hasta lo más hondo de esta crisis. No hay necesidad de que el mundo se extreme hasta los tonos angustiosos en que hoy se encuentra, para que Darío comprenda que todo lo que el hombre toma como simples choques o revueltas es, en realidad, una seria y total transformación de la Humanidad. El siente toda esta transformación en su más plena intensidad dramática y en su más exacto significado:

"Siéntense sordos ímpetus de las entrañas del mundo,
la inminencia de algo fatal hoy conmueve a la tierra;
fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,
y ALGO SE INICIA COMO VASTO SOCIAL CATACLISMO
SOBRE LA FAZ DEL ORBE..." (10)

Entonces surge para Rubén el MOMENTO de Hispano América. Lejos de considerar como adversa para el porvenir de nuestros pueblos toda esa transformación, todo ese vasto social cataclismo que se inicia sobre la faz del orbe, parece más bien considerarla como una feliz circunstancia para el resurgimiento de todo el mundo hispánico. Pareciera que en Rubén existiera un perfecto entendimiento de la crisis como total liquidación de los valores burgueses de la vida que, precisamente, negaron toda capacidad de afirmación a lo hispánico, y que al liquidarse ahora, realizan por su propia insuficiencia la más clara y la más completa reivindicación de lo nuestro. Tal se desprende del entusiasmo con que mira la desintegración de los valores burgueses de la cultura moderna y la seguridad con que ve surgir tras de esta desintegración una nueva aurora de latinidad. "Latina estirpe verá la gran alba futura", anuncia lleno de convencimiento. Entonces, todos los defectos que los profesos de la técnica y de la valoración económica de la vida, hicieron pensar sobre lo hispánico, se convierten para Darío en las mejores cualidades para una re-creación de la Cultura. Con una firme creencia en esto lanza como un reto a los espíritus más desconfiados: "¿Quién será el pusilánimo que al vigor español niegue músculos —y que al alma española juzgase áptera y ciega y tullida?" Para Darío no hay ninguna duda en la posibilidad reafirmadora de lo hispánico.

La revalorización de nuestros pueblos es para Rubén una realidad de destino, de un DESTINO MESIANICO. Para Rubén nuestros pueblos deben vivir para revivir al mundo. Nuestro destino es un destino redentor de la Humanidad que, por lo mismo, exige en nosotros nuestra propia afirmación. Nuestro espíritu ardiente ha de regar lenguas de fuego en una nueva Epifanía. Por eso urge la recuperación de nuestro ser, de lo histórico, de lo tradicional. Porque llega el momento en que lo nuestro tendrá que ser lo del mundo:

"Unanse, brillen, secúndense tantos vigores dispersos,
formen todos un solo haz de energía ecuménica.
Sangre de Hispania fecunda, sólidas, ínclitas razas,
muestran los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo.
Vuelva el antiguo entusiasmo, VUELVA EL ESPIRITU ARDIENTE
QUE REGARA LENGÜAS DE FUEGO EN ESA EPIFANIA.
Juntas las festas ancianas ceñidas de líricos lauros
y las cabezas jóvenes que la alta Minerva decora,
así los manes heroicos de los primitivos abuelos,
de los egregios padres que abrieron el surco pristino,
y el rumor de espigas que inció la labor triptolémica.
Un continente y otro renovando las viejas prosapias,
en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,
ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos himnos" (11)

Tan penetrado está Darío de la realidad de este destino, que al enfrentarse al Roosevelt cazador, pone definitivamente en su contra, —y a favor nuestro—, a la propia voluntad de Dios. Nuestro destino es así para él un destino PROVIDENCIAL:

"Se necesitaría, Roosevelt, ser por Dios mismo,
el Riflero terrible y el fuerte Cazador,
para poder tenernos en vuestras férreas garras.
Y, pues confáis con todo, FALTA UNA COSA: DIOS".

Y ante el Rey Oscar:

"Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,
mientras la onda cordial aliente un sueño,
mientras haya una viva pasión, un noble empeño,
un buscado imposible, una imposible hazaña,
una América oculta que hallar, VIVIRA ESPAÑA".

Nutrido así, de tradición y de destino, el optimismo dariano no sólo no permite, sino que trata de impedir todo pesimismo destructor. Para Darío, toda negación del pasado verdaderamente histórico viene a ser una negación del porvenir. El estar en contra de la tradición es estar en traición con nosotros mismos. Mas aún: suicidarnos. Por eso su más enérgica condena de toda actitud anti-tradicional:

"Abominad la boca que predice desgracias eternas,
abominad los ojos que ven sólo zodiacos funestos,
abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres
o que la tea empuñan o la daga suicida".



NOTAS: (1) "Los Cisnes". (2) "Los Cisnes". (3) Breve Historia de América. (4) Esta es una verdad de sobra evidenciada. Entre los que mejor trata el asunto vale la pena recordar a Marius André en su "Fin del Imperio Español". (5) "Los Cisnes". (6) "Salutación del optimista". (7) Canción a las ruinas de Itálica - Rodrigo Caro. (8) A Roosevelt - Cantos de Vida y Esperanza. (9) "Al Rey Oscar", Cantos de Vida y Esperanza. (10) "Salutación del optimista". (11) "Salutación del optimista".

RUBEN DARIO Y LOS GOBERNANTES CONSERVADORES

"Era presidente de la República el general Joaquín Zavala, granadino, conservador, gentilhombre, excelente sujeto para el gobierno y de seguros prestigios".

"A la sazón estaba reunido el Congreso.

Era presidente de él un anciano granadino, calvo, conservador, rico y religioso, llamado don Pedro Joaquín Chamorro. Yo estaba protegido por miembros del Congreso pertenecientes al partido liberal, y es claro que en mis poesías y versos ardía el más violento, desenfadado y crudo liberalismo. Entre otras cosas se publicó cierto malhadado soneto, que acaba así, si la memoria me es fiel:

"El Papa rompe con furor su tiara
sobre el trono del regio Vaticano"

Presentaron los diputados amigos una moción al Congreso para que yo fuese enviado a Europa a educarme por cuenta de la nación. El decreto, con algunas enmiendas, fué sometido a la aprobación del presidente. En esos días se dió una fiesta en el palacio presidencial, a la cual fuí invitado, como un número curioso, para alegrar con mis versos los oídos de los asistentes. Llego, y tras las músicas de la banda militar, se me pide que recite. Extraje de mi bolsillo una larga serie de décimas, todas ellas rojas de radicalismo antirreligioso, detonantes, posiblemente ateas, y que causaron un efecto de todos los diablos. Al concluir, entre escasos aplausos de mis amigos, oí los murmullos de los graves senadores, y vi moverse desoladamente la cabeza del presidente Chamorro. Este me llamó, y poniéndome la mano en un hombro, me dijo, más o menos: "Hijo mío, si así escribes ahora contra la religión de tus padres y de tu patria, ¿qué será si te vas a Europa a aprender cosas peores?" Y así, la disposición del Congreso no fué cumplida. El presidente dispuso que se me enviase al Colegio de Granada; pero yo era de León. Existía una antigua rivalidad entre ambas ciudades, desde tiempos de la Colonia. Se me aconsejó que no aceptase tal cosa, pues ello era opuesto a lo resuelto por los congresales, y porque ello humillaba a mi vecindario leonés, y decididamente renuncié el favor".

RUBEN DARIO
(Autobiografía)